

R E S U M E N

Este ensayo es una reflexión sobre la actividad de escribir sobre arquitectura partiendo de mi propia experiencia. Cuenta mi recorrido por la escritura arquitectónica, el papel que ha tenido en mi práctica y la manera en la que he relacionado el texto con esta disciplina. Es un paseo cronológico a partir de momentos clave de mi historia en el que hago referencia a textos y personas que han marcado mi camino por esta labor.

Palabras clave: Arquitectura
Literatura
Memoria arquitectónica
Atlas literario
Geografía narrativa

Fue un libro

JIMENA HOGREBE RODRÍGUEZ

Llegué a la arquitectura por un libro. Me acuerdo del momento en el que lo decidí. Luz tenue, música alta, vasos rojos en las manos y gente alrededor haciendo lo que los adolescentes hacen en las fiestas. Parada frente a Mauricio, un amigo de mi hermana, escuchaba lo que me contaba sobre estudiar arquitectura en la UNAM. De esas historias me llamó la atención una en particular. Contaba que en esos días desarrollaba un proyecto a partir del libro *Harún y el mar de historias* de Salman Rushdie. Fue en ese instante cuando lo supe. – ¡Ya sé qué voy a estudiar! –, le grité desde lejos a mi madre que estaba en la cocina.

Mi cotidianidad siempre se había desarrollado entre paredes librero y los mundos entre las letras habían sido parte de mi vida desde pequeña. Por consecuencia lógica había pensado estudiar letras inglesas, me llamaba mucho la atención porque para rusas me faltaba el idioma, pero la idea no me terminaba de convencer. Dudé, sobre todo, cuando las matemáticas empezaron a entretenerme, cuando comencé

a pasar tardes enteras acurrucada con el sol del poniente resolviendo problemas numéricos. Sin embargo, esa opción tampoco me fascinaba porque no tenía muy claro de qué manera se aplicaban las matemáticas en la vida real.

Así que estudiar arquitectura tenía sentido. Una disciplina cercana al arte, parte integral de mi formación, pero al mismo tiempo racional y práctica. En ese primer encuentro, de cierta manera supe que en la arquitectura podía encontrar un balance entre mi estructura y mi creatividad. Además, saber que la literatura podía entrar en la ecuación me generó mucha ilusión.

1. Fueron muchos mis encuentros con los libros en mi tránsito por la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Desde esos primeros días de cruzar el pasto húmedo del campus que mojaba el borde de mis pantalones acampanados me empezó a interesar la teoría de la arquitectura. Me acerqué a textos teóricos, históricos y monográficos, descubriendo lentamente el mundo en el que

había decidido meterme. Pasaba largas horas vagando por el sótano hecho biblioteca buscando títulos entre los estantes amarillos.

La literatura no dejó de estar presente, se asomó por aquí y por allá sin previo aviso, evocando la razón por la que había elegido esa carrera. Durante el primer año de Taller de Proyectos en el Max Cetto, por ejemplo, nos dejaron desarrollar un proyecto a partir de un poema de León Felipe. Ojalá pudiera recordar cuál era, para entender por qué hice algo con espejos y un compañero presentó una gelatina con una manzana roja adentro. En otra clase revisamos *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino, referencia típica de cuando se habla sobre arquitectura y literatura. También leímos *Aura* de Carlos Fuentes en la optativa Arquitectura, arte y sociedad que impartía Felipe Leal, pretexto para conversar sobre el centro histórico de la Ciudad de México y el Café La Blanca.

Con particular cariño recuerdo cuando leí *El dios de las pequeñas cosas* de Arundhati Roy. Sofía, mi prima que justamente estudiaba letras inglesas en la facultad de enfrente, me lo regaló por mi cumpleaños diciéndome que me lo daba porque una arquitecta lo había escrito. –¿Una arquitecta escribiendo ficción?–, me quedó retumbando en la cabeza. Había leído textos escritos por arquitectos, pero todos se relacionaban de una u otra manera con la arquitectura. Nada que ver con ese mundo de fantasía recreado por ella con ambientes que me hacían pensar en el realismo mágico latinoamericano. Mientras leía aquella novela me preguntaba qué le había dejado su formación como arquitecta para crear esa historia y ese mundo.

En ese entonces, en las aulas se repetía una y otra vez que los arquitectos teníamos que saber dibujar. Sobre escribir no se decía nada. Así que yo no había escrito mucho, sólo tareas y trabajos

académicos. Un reporte sobre el Museo Tamayo¹ y la manera en la que se descubre dentro del Bosque de Chapultepec, ilustrado con mis fotografías. Ensayos para la clase de teoría que impartía Daniel Bronfman. Una reflexión sobre *Construir, habitar, pensar* de Martin Heidegger para la clase de Investigación que debía funcionar como apoyo al Taller de Proyectos, pero que pocas veces lo hacía. Sin embargo, todos estos trabajos los escribía automáticamente. Me lanzaba al ruedo, pensaba sobre la marcha y fluía. Lo disfrutaba y se me facilitaba. No dedicaba mucho tiempo a reflexionar sobre qué quería decir, no tenía una intención específica más que cumplir con el trabajo. No exploraba diversas maneras de narrar, ni pensaba en generar experiencias. Tampoco meditaba sobre la relación entre el texto y la arquitectura. Simplemente escribía.

Creo que el primer coqueteo con algo más profundo en relación al lenguaje fue al final de la carrera haciendo mi tesis asesorada por Humberto Ricalde, cuando tenía un poco más presente la relación entre las palabras y la arquitectura. Para ese momento llevaba más de cinco años escuchando sobre el 'contexto', sobre cómo la arquitectura debía responder a él. Era uno de los temas de moda, pero cada vez que le preguntaba a alguien lo que era recibía respuestas vagas y todas bastante diferentes. Parecía que había mucha libertad al usar el término y, por lo tanto, al relacionar los proyectos con él. El tema me obsesionó y para la tesis me propuse, a partir de mezclar metodologías de análisis contextual de otros autores, llegar a mi propia lectura de un sitio (la calle Francisco Sosa en Coyoacán) y proponer un proyecto arquitectónico a partir de eso.

¹ Proyectado por los arquitectos Teodoro González de León y Abraham Zabludovsky e inaugurado en 1981 en la Ciudad de México.

2.

Mi obsesión con el 'contexto' y mi creciente interés por la teoría arquitectónica me llevaron a Londres a estudiar *Architectural History* en *The Bartlett School of Architecture* (2009-2010); y fue ahí en donde empecé a conectar verdaderamente con la escritura.

El programa se enfocaba en la investigación y diseminación de la historia arquitectónica, así que ofrecía herramientas para observar y narrar, para desarrollar un "*deep architectural knowledge, and learn to critically interpret buildings, texts, architects, urban spaces and cities, as well as other representations and creative practices*".² Era una invitación a explorar formatos de análisis y salidas narrativas: artículos, entrevistas, textos ilustrados, radio, televisión y más.

Además de encontrarme con una manera específica de pensar sobre arquitectura (o pensar con arquitectura como decía Ricalde), de obtener habilidades de investigación, de aprender a hacer preguntas y de entender que el objeto arquitectónico existe como parte de un sistema, me encontré con dos profesores que dejaron especial marca en mi formación.

Adrian Forty, un *gentleman* encantador, era entonces el director del programa. Historiador interesado en la relación entre las personas y los artefactos materiales, se especializó en temas relacionados con el arte, el diseño y la arquitectura. No sé si resaltaba más por su mente brillante o por su permanente sencillez; me acuerdo de aquella vez que nos resumió la historia de la arquitectura moderna británica en veinte minutos y con una soltura envidiable. Habían pasado cerca de nueve años desde la publicación de su

libro *Words and Buildings* (salió en el 2000, año en el que yo ingresé a la UNAM y me parecía fascinante su interés por estudiar la manera en la que la arquitectura se ha apoyado en el lenguaje (no sólo en el dibujo) y cómo se construye su discurso verbal. Por otro lado, desde el primer día me llamó la atención su mirada crítica hacia los arquitectos y su ilusión de tener el control absoluto sobre los edificios. En cambio, él nos guió a ver la arquitectura desde una perspectiva más amplia y a interrogarla. Al ensayo que escribí para su materia de Arquitectura británica, sobre escaleras en Londres, intenté darle un ritmo coherente con el tema.

Jane Rendell, intelectual feminista, ofrecía una perspectiva distinta a la de Forty, era menos pragmática y se complementaban muy bien. Interesada en la teorización crítica y las prácticas espaciales, construía con su trabajo un vínculo entre el arte, la arquitectura y la escritura. Su concepto *site-writing* estaba en pleno apogeo y, por lo tanto, nos encaminó a explorarlo. El puro término me emocionaba, escritura y sitio como binomio me parecía muy atractivo. Rendell planteaba una práctica espacial crítica que exploraba la interacción entre la especificidad, la escritura, el escritor, el lector, los lugares, los artefactos y los textos. Me hizo ver la escritura como una práctica arquitectónica.

Adentrarme en estos campos alternativos de la disciplina me llevó a descubrir también otros proyectos, entre ellos algunos que relacionaban la literatura con la arquitectura. *Joyce's Garden* (1976) de Bernard Tschumi, por ejemplo, en el que utilizó *Finnegan's Wake* de James Joyce como programa para una serie de proyectos estudiantiles en Convent Garden. O *Three Lessons in Architecture: The Machines* (1985) en el que Daniel Libeskind se inspiró en leer y escribir para diseñar tres máquinas con las cuales mani-

² Descripción del programa en la página oficial, <<https://www.ucl.ac.uk/bartlett/architecture/programmes/postgraduate/ma-architectural-history>>.

festaba ideas como que la arquitectura podía ser leída y entendida como texto escrito.

También me encontré con Londres. Una ciudad obsesionada consigo misma que ha sido narrada una y otra vez. Aprendí que los ingleses son expertos con los catálogos y los archivos. Por lo tanto, la cantidad de oferta de interpretaciones de la ciudad es vastísima y está a la mano. Nunca había visto algo así y me llevó, bajo esos inolvidables cielos londinenses, a caminar todo lo que leí y a leer todo lo que caminé.

Ese año en la capital inglesa me enseñó el pensamiento crítico, que las miradas son múltiples, que los objetos no están aislados, que la arquitectura no es el centro del mundo, que se puede narrar de distintas maneras y que está entrelazada con las palabras. En ese año encontré un espacio para la escritura y, en ella, posibilidades para mi práctica arquitectónica.

3.

Recuerdo la primera vez que me encargaron un artículo para una revista impresa. Había tenido la oportunidad de escribir algunas notas cortas para la versión en línea de *La Tempestad*, que un amigo de Sofía (esa prima que me regaló aquella novela) me había invitado a escribir, pero esto era otra cosa porque iba a quedar sobre papel, ¡y era *Domus México*! El encargo era contar sobre el edificio de vivienda Francisco Ramírez 43 (2008) diseñado por Juan Carral, en la colonia Ampliación Daniel Garza, en la Ciudad de México. Aplicando las estrategias aprendidas en el posgrado visité el edificio y conocí a sus habitantes, paseé por la zona, entrevisté a Carral y revisé la información documental.

Cuando me enfrenté a la hoja en blanco decidí que no quería hacer solamente una descripción del objeto arquitectónico, sino conectarlo con el lugar y con sus habitantes. Buscaba ofrecer una

perspectiva más abierta del proyecto y sus consecuencias, así que lo abordé desde la idea de la vida cotidiana tanto en su interior como en su barrio. Hablé sobre la relación con la ciudad, las maneras de habitarlo y las características arquitectónicas. Por otro lado, me interesaba escribir un artículo que pudiera ser leído y disfrutado por un público no especializado. Sabía que la manera en la que muchos textos sobre arquitectura estaban escritos no los hacían accesibles y que, por lo tanto, poca gente fuera del gremio estaba interesada en leerlos. Pero pensaba que si la arquitectura es parte de la vida de todos, sería positivo que todos pudieran leer sobre ella y profundizar en su conocimiento. Parecía que *Domus México* estaba intentando generar nuevas discusiones sobre las prácticas en el país y pensé que un texto así podría caber en ese espacio.³ Interesante fue también tratar de establecer un diálogo con las imágenes que ilustrarían el texto. El fotógrafo Onnis Luque había buscado mostrar los espacios interiores habitados, así que logramos una conexión entre texto y fotografías.

Las búsquedas y los intentos que comencé con este artículo los he continuado y ampliado en mis escritos posteriores; hablar de arquitectura sin sólo hablar de arquitectura. He publicado en diversos medios digitales e impresos, pero me parece que fue cuando me asignaron una columna mensual en *Portavoz*⁴ cuando ejercí más el músculo y cuando pude experimentar más. Fue precisamente, escribiendo esa columna, cuando me enfoqué en incluir la experiencia y en tratar que los textos sobre arquitectura fueran un poco más cálidos y poéticos.

³ Escribí un artículo sobre la historia de *Domus México* para el número 16 de la revista chilena *Materia Arquitectura*.

⁴ Todavía es posible encontrar algunos de los artículos en el siguiente enlace: <<https://portavoz.tv/autores/jimena-hogrebe/>>.

Y así es como he abordado la escritura arquitectónica: hablar de la realidad material detallada, pero también de la inmaterial, incluir la experiencia de los lugares y escribir de una manera que pueda ser entendida y disfrutada por un público más amplio. No sé si siempre lo he logrado, pero esa ha sido la intención en los más de ochenta textos que he publicado y los tantos otros que están en el cajón. Todos ellos me han permitido, además, aclarar mis ideas y saber qué pienso sobre las cosas.

4.

Cuando nos seleccionaron como Colectivo de UNO para participar en la segunda etapa del concurso para la Feria Internacional de las Culturas Amigas (FICA) 2017, no sólo nos enfrentamos a diseñar una propuesta para el pabellón temporal que se montaba en la Plaza de la Constitución, sino que nuestra entrega tenía que estar al nivel de la de los otros participantes. Consideramos mucho cómo sería la maqueta, qué tipo de renders queríamos, qué información iría en las láminas y cómo armaríamos la presentación oral. Sin embargo, había un elemento más al que inicialmente no le habíamos dado tanta importancia. Por mi trayectoria con la pluma, fue a mí a quien le tocó escribir la memoria arquitectónica.

Dando vueltas sobre cómo hacerla, pensé que era un componente que probablemente los otros equipos no valorarían tanto, sino que lo verían como un trámite. Así que propuse escribir la tradicional memoria como descripción detallada del proyecto, pero incluir una introducción narrando una breve historia.

El relato partió de mostrar a través de un personaje y su recorrido por la feria las experiencias que habíamos proyectado. Fue poner en papel y de manera estructurada una de tantas histo-

rias que habíamos imaginado. Contenía recorridos, encuentros, sorpresas, ambientes. El texto lo ilustró a mano Nicolás Vázquez, al igual que la memoria arquitectónica, y entregamos todo como un pequeño libro. Según el jurado fue un componente que hizo resaltar nuestra entrega.

Fue así como por primera vez experimenté con el texto como herramienta para exponer un proyecto imaginado, práctica que he continuado en proyectos posteriores.

5.

En el 2015, supe que *Geografía narrativa de una ciudad* sería el título del proyecto con el que solicitaría la beca Jóvenes Creadores otorgada por el entonces Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA).⁵ Esta constante cercanía entre las palabras y la arquitectura me había llevado a querer explorar su relación con mayor profundidad y propuse hacerlo a través de la Ciudad de México y su literatura.

Para ese momento, al contrario de lo que me había encontrado en Londres, no era sencillo encontrar una base de datos literaria sobre la ciudad.⁶ Se ubicaban algunas obras y había que acercarse a los expertos para encontrar las otras. Además, tan deseadas eran las publicaciones, que no eran fáciles de encontrar. Empecé poco a poco, buscando por aquí y preguntando por allá. Me hice de un buen número de publicaciones y comencé a leer. Nunca había leído crónicas de la ciudad con detenimiento y me enganché. Me parecía que eran igual de fantásticas que la ficción. Decidí trabajar con ellas para crear una

⁵ Hoy en día llamado Sistema de Apoyos a la Creación y Proyectos Culturales.

⁶ A partir de este proyecto y a lo largo de estos años he ido armando mi propia base de datos de literatura de la Ciudad de México, que espero poder hacer pública en un futuro cercano. También he juntado muchos títulos que vinculan la arquitectura, la ciudad y la literatura.

GEOGRAFÍA NARRATIVA

Serie de pasos

1. Selecciona alguna narración que relate una zona de la ciudad.
2. Lee y extrae los fragmentos en los que se mencionen lugares o construcciones.
3. Agrupa los fragmentos por componente (lugar o construcción) y acomódalos según fueron apareciendo.
4. Numera los componentes y ubícalos en un mapa.
5. Camina la zona con el mapa en mano y encuentra los componentes.
6. Contrasta los fragmentos de la narración con la realidad y marca en el mapa si los componentes existen, se transformaron o desaparecieron.
7. Expresa con el medio de tu elección la visión de la zona que construiste al seguir estos pasos.

Figura 1: Serie de pasos del proyecto *Geografía narrativa de una ciudad*, 2016.

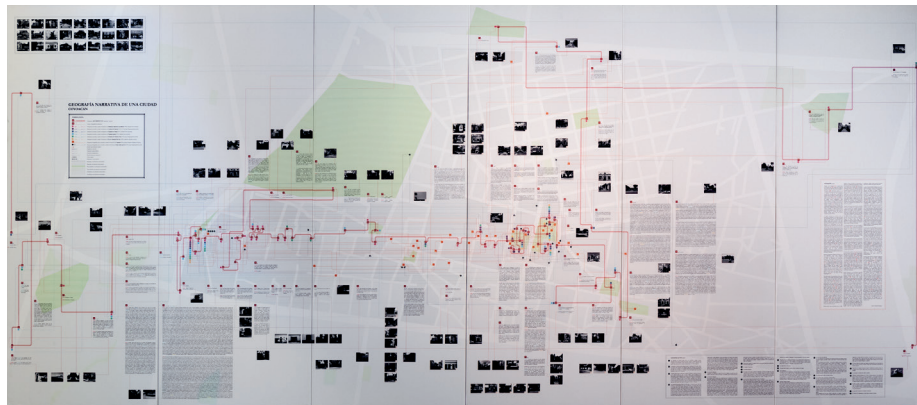


Figura 2: Mapa de Coyoacán para el proyecto *Geografía narrativa de una ciudad*, 2016. Impresión sobre lienzo, 456 x 200 cms. Fotografía de Rafael Gamo.

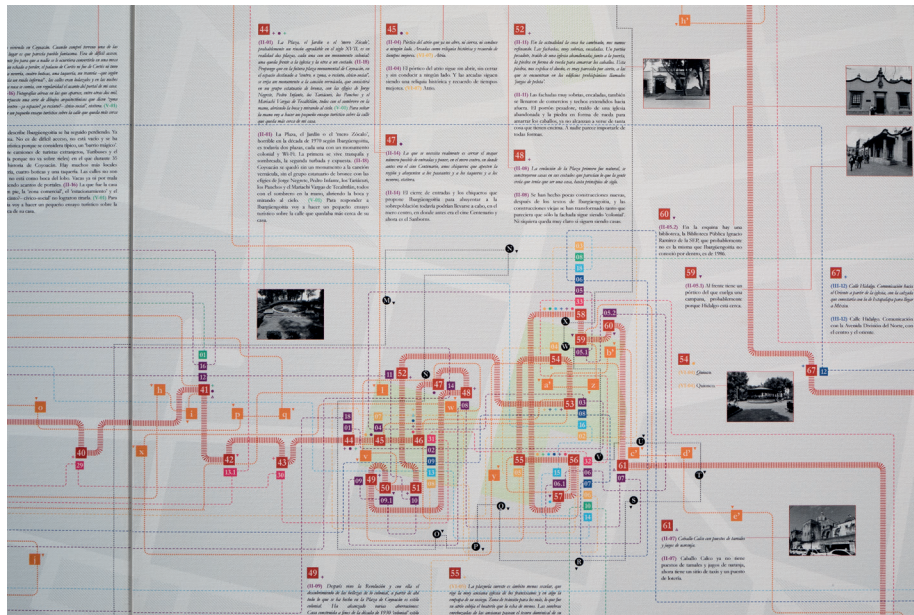


Figura 3: Detalle del mapa de Coyoacán para el proyecto *Geografía narrativa de una ciudad*, 2016. Impresión sobre lienzo, 456 x 200 cms. Fotografía de Rafael Gamo.

pieza para la exposición final de la beca, en específico con las de Coyoacán.

Para ese momento, eran seis las crónicas que había encontrado de la zona (hoy en día podría sumar algunas más) y las utilicé como guía. Fue un trabajo exhaustivo de lectura y paseo buscando encontrar los puntos exactos de los que hablaban los textos escritos en distintos momentos. Investigué para complementar los descubrimientos y fui registrando todo, en mi bitácora y con fotografías.

Para sistematizar este proceso definí una metodología de siete pasos (replicables en otros sitios y por otras personas) para inspeccionar el lugar desde su pasado, sus transformaciones y su vida actual con la meta de construir una contemporánea visión de Coyoacán e inspirar una pieza artística a partir de eso. La idea era que cada persona que siguiera los pasos pudiera crear una pieza con técnica libre. Mi manera de hacerlo fue dibujar un gran mapa de Coyoacán en el que vacié todos los textos y en el que propuse diversos recorridos a partir de ellos. Para concluir el mapa incluí una crónica sobre Coyoacán escrita por mí.

Unos años después, con el apoyo del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA) también del FONCA, tuve la oportunidad de continuar el proyecto y, entre otras cosas, decidí hacer algo similar con literatura de ficción. Un atlas de seis mapas cada uno ubicando una novela en el territorio urbano y un pequeño libro introductorio.

6.

Uno de los objetivos principales de *Geografía narrativa de una ciudad* era explorar la lectura y la escritura como metodologías para los procesos arquitectónicos. Para el 2021 yo ya había indagado la lectura como herramienta para conocer la arquitectura y la ciudad, ya había escrito como herramienta de análisis y pensamiento de



Figura 4: Atlas literario de la Ciudad de México para el proyecto *Geografía narrativa de una ciudad*, 2020. Seis mapas y un libro en contenedor tipo archivero. Fotografía de Luis Young.



Figura 5: Anverso de mapa de la novela *Santa* de Federico Gamboa para el proyecto *Geografía narrativa de una ciudad*, 2020. Impresión en bond a dos tintas, 90 x 60 cms. Fotografía de Luis Young.

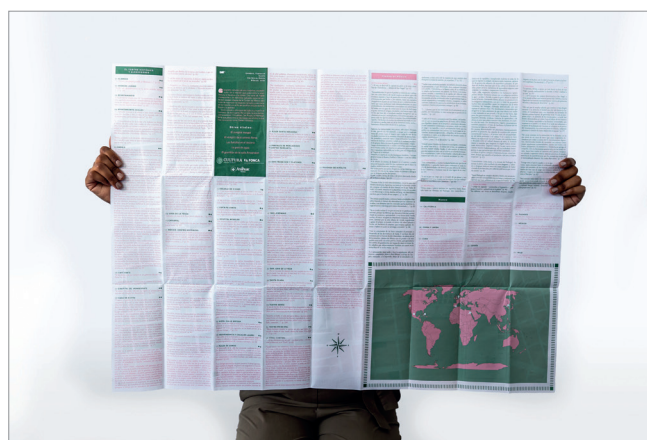


Figura 6: Reverso de mapa de la novela *Santa* de Federico Gamboa para el proyecto *Geografía narrativa de una ciudad*, 2020. Impresión en bond a dos tintas, 90 x 60 cms. Fotografía de Luis Young.

la obra de otros, y ya había utilizado las palabras sobre el papel para expresar ideas e historias de mis propios proyectos. Sin embargo, me faltaba algo que había querido experimentar desde hacía tiempo, la escritura como herramienta para imaginar arquitectura, para proyectarla.

Y así me embarqué en el último componente que había propuesto como parte del proyecto del SNCA, en la escritura de una serie de cuatro cuentos que llamé cuentos arquitectónicos y que ahora forman un pequeño libro ilustrado titulado *Veremos árboles*.

Salvo por las veces que de niña mi madre me había puesto a escribir cuentos en la sala de la casa utilizando su máquina de escribir (*El oso* se titulaba el primero), no había incursionado en el mundo de la ficción. Por lo que me di a la tarea de tomar distintos talleres de escritura, gracias a los cuales me atreví a empezar.

Los cuentos suceden en la Ciudad de México y, al contrario de mucha literatura urbana que es distópica, estos son esperanzadores. Son cuentos que a través de ciertos proyectos imaginarios de diferentes escalas ofrecen un panorama más favorable para la ciudad y sus habitantes. Si el objetivo máximo de la arquitectura es imaginar mundos mejores, estos cuentos lo hacen a escala pequeña. Proyectos que me gustaría que existieran y que, según yo, aportarían su granito de arena a la cotidianidad defecha.

7.

Llegué a la arquitectura por un libro y narrar arquitectura se ha convertido en parte esencial de mi vida. Mi recorrido por la escritura arquitectónica ha sido uno paulatino, con momentos más activos que otros, con instantes nebulosos y otros de mucha claridad. He explorado distintos caminos que me han llevado a una constante reflexión sobre la relación del texto con la arquitectura.

Sé que me queda mucho por escribir y mucho que mejorar. Probablemente haré textos en la línea que me ha caracterizado, pero también seguiré encontrando maneras de experimentar. Tal vez algún día logre escribir esa novela que ronda mi cabeza protagonizada por un arquitecto.

REFERENCIAS

FORTY, ADRIAN

2000 *Words and Buildings: A Vocabulary of Modern Architecture*, Londres, Thames and Hudson.

HOGREBE RODRÍGUEZ, JIMENA

2012 "Prácticas del habitar cotidiano: Francisco Ramírez 43", *Domus México*, núm. 2, agosto-septiembre, pp. 40-49.

2017 "Domus México y su teoría sobre la marcha", *Materia Arquitectura* (Chile), núm. 16, diciembre, pp. 92-103.

RENDELL, JANE

2006 *Site-Writing: The Architecture of Art Criticism*, Londres, IB Tauris.

